

Quisiera decir algo, pero no sale de su garganta sino un sonido ronco.

—¿Qué?—pregunta el oficial.

Una sonrisa contrae la boca de Iona, hace un esfuerzo y dice con voz sorda:

—Mi hijo, señor... ha muerto esta semana.

—¿Eh?... ¿De qué ha muerto?

Iona vuelve el busto y dice:

—¿Quién lo sabe?... De la fiebre probablemente... Ha estado tres días en el hospital, y ha muerto. Hágase la voluntad de Dios.

—¡Cochero, cuidado!—exclama una voz con enérgicas palabras.—¿Vas ciego? Abre los ojos.

—Anda, anda, dice el oficial,—o no llegaremos hasta mañana... Arrea un poco.

El cochero tiende de nuevo el cuello, se yergue y agita el látigo. Varias veces se vuelve hacia el oficial, pero el oficial ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharle.

El oficial baja en el cuartel de Viborg, y Iona queda parado en aquel sitio sin menearse. La nieve blanquea de nuevo a su caballo... Pasa una hora, luego otra.

Tres jóvenes llegan disputando. El uno es bajo y jorobado; los otros dos son altos y delgados.

—Cochero, al puesto de policía—grita con voz cascada el jorobado.—Los tres, veinte kopeks.

Iona tira de las riendas y castañetea los labios. Veinte kopeks es un precio irrisorio, pero no piensa en el precio. Un rublo o cinco kopeks, todo le es lo mismo ahora, con tal de llevar gente. Los jóvenes, empujándose y diciendo palabras gruesas, se acercan al trineo y quieren subir los tres a un tiempo. Discuten sobre quienes han de sentarse y quién ha de permanecer en pie. Tras un largo debate, deciden que el jorobado, como más pequeño, permanezca en pie.

—Vamos, anda—dice el jorobado, instalándose y soplando en el cuello de Iona.—¡Arrea! ¡Y tienes un sombrero, amigo... No se encontraría uno semejante en Petersburgo.

Iona ríe:

—¡Jí, jí!... Así es...

—Bueno, arrea, arrea... ¿Vas a ir a este paso todo el tiempo?

—La cabeza se me parte... —dice uno de los dos mayores.

—Ayer noche, en casa de los Douk-massov, Vaska y yo hemos bebido cuatro botellas de coñac.

—No comprendo que se mienta así —exclamó indignado el otro alto.— Mientes como un animal.

—Que Dios me castigue si no es cierto.

—Tan cierto como que tose una gallina.

Iona sonríe

—¡Jí, jí! Son señores alegres.

—¡Que el diablo te...! exclama el jorobado. ¿Quieres andar, viejo apes-toso? ¡Valiente paso! Arrea, arrea, firme.

Iona siente detrás de su espalda el cuerpo que se mueve y la voz que tiembla del jorobado; oye las injurias que le dirige, ve a las gentes, y el sentimiento de la soledad comienza insensiblemente a suavizarse en él. Los dos altos se ponen a hablar de una tal Nodejda Petrovna.

Iona se vuelve hacia ellos a cada momento.

Aprovechando un minuto de calma, murmura:

—Esta semana... he perdido a un hijo...

—Todos morimos—suspira el jorobado, enjugándose los labios después de un acceso de tos.—Vamos, arrea. De prisa, señores, así no podemos ir. ¿Cuándo vamos a llegar?

—Reanímale un poco pegándole en el cuello.

—¿Lo oyes, viejo?—Si gastáramos cumplidos con vosotros, habría que ir a pie. ¿Lo oyes, serpiente Gorinytch? ¿Te burlas de lo que decimos?

Iona, aunque no los oye, oye el ruido de los golpes que le pegan.

—¡Jí, jí!... Son señores alegres! Dios les conserve la salud.

—Cochero. ¿Estás casado?—pregunta uno de los altos.

—¿Yo? ¡Jí, jí! Mi mujer está ya bajo la tierra húmeda. ¡Jí, jí! la tumba...